

Episodio: (Tercera charla) Amor y responsabilidad: una miniserie de podcast

Colaborador: Monseñor Fred Dolan

Página del podcast: <https://stjosemaria.org/podcasts/mini-series-love-and-responsibility>

Nos complace ofrecer una transcripción de este podcast para satisfacer las necesidades de todos nuestros suscriptores. Sin embargo, tenga en cuenta que esta transcripción es generada por inteligencia artificial y puede no ser totalmente precisa. Este contenido no puede publicarse ni reimprimirse sin el permiso de St. Josemaria Institute.

Así que continuamos donde lo dejamos con la afirmación de que debemos amar a la persona con todos sus defectos y virtudes. Y hasta cierto punto independientemente de esas virtudes, a pesar de esos defectos. Aunque estemos heridos, tenemos que mirar más allá del espejo a los hechos legales. Por ejemplo, “Ella me hizo esto”. Tenemos que ver a la persona que mantiene un gran valor, incluso en medio de las deficiencias y los pecados. Después de todo, como hemos visto a lo largo de estas reflexiones, el verdadero amor se dirige a la persona, no sólo a lo que él o ella hace por mí. Así que cuando el amado está pasando por un momento no tan bonito, no me agrada. Y, de hecho, hace algo que me duele. ¿Seguiré ofreciendo amor y aceptación totales? O el tipo de aceptación total que San Juan Pablo II dice que los esposos deben tener el uno por el otro es, por supuesto, análoga a la forma en que el Señor nos ama. A pesar de nuestros muchos pecados y fracasos, Dios sigue comprometido con nosotros, mirándonos pacientemente, mirándonos misericordiosamente ante nuestras faltas. Él sigue amándonos incluso cuando hacemos cosas que dañan nuestra relación con él. Este amor divino radical por nosotros se ve más poderosamente en la Eucaristía, donde Jesús se entrega a nosotros, su propio cuerpo y sangre y la Sagrada Comunión. Pero Juan Pablo II nos anima a pensar en el misterio de la Sagrada Comunión también desde el otro ángulo. Podemos decir no sólo que cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino también que Cristo nos recibe a cada uno de nosotros. Piense en eso. Cuando recibimos la Sagrada Comunión en estado de gracia, Dios no sólo se entrega a nosotros en la Eucaristía, sino que también nos recibe en su vida divina. Y nos recibe como somos, con todas nuestras deficiencias, debilidades y pecados. Por lo tanto, si deseamos ser más como Cristo en nuestros matrimonios, debemos desarrollar ante todo una actitud más profunda de amor y aceptación hacia nuestro cónyuge tal como es, con todas sus imperfecciones. En lugar de tratar de cambiar a nuestro ser amado, o irritarnos con sus faltas, debemos permanecer firmemente comprometidos con nuestro esposo o esposa, como personas que nos han sido confiadas como un regalo.

Nuestra actitud fundamental hacia el amado en medio de las debilidades no debe ser la de la agitación, la defensiva o el enojo, sino la de una aceptación inquebrantable en nuestro corazón del otro, soportando pacientemente todas las faltas. Cuando hacemos esto, empezamos a amar como Dios ama. El amor auténtico requiere mucho esfuerzo, virtud y sacrificio. Si hemos de amar como Dios nos ama, nuestra experiencia inicial de amor debe madurar. No importa cuán poderosamente podamos experimentar ciertos sentimientos, deseos y emociones, estos deben ser moldeados e integrados con los otros aspectos objetivos superiores del amor. De hecho, San Juan Pablo II dice que el amor se pone a prueba específicamente cuando esos sentimientos poderosos se debilitan. Cuando las respuestas esenciales y emocionales comienzan a perder su efecto, no queda nada excepto el valor de la persona. Y la verdad interior sobre el amor de los involucrados sale a la luz. En este punto, la realidad de la relación ya no puede ser disfrazada. Su verdadera naturaleza saldrá a la luz.

Si el amor de pareja se basa en la verdadera entrega de uno mismo y en el compromiso mutuo como personas, entonces esa relación no sólo sobrevivirá, sino que se fortalecerá y echará raíces más profundas. Sin embargo, si la relación no fue más que dos personas que se juntaron para vivir experiencias sensuales o emocionales, la relación ya no tendrá ningún fundamento sobre el que sostenerse. Una vez que esos sentimientos se desvanecen en un segundo plano, en este tipo de relación, las personas involucradas en ella se encontrarán de repente en un vacío. Y por eso es importante que el amor se construya sobre la entrega y la responsabilidad. El objeto objetivo del amor del que hablamos en la clase anterior, esa es la única manera de que el amor madure y perdure. Pero cuando el amor es inmaduro, la persona está constantemente mirando hacia dentro, absorta en sus propios sentimientos, y aquí reina supremo el aspecto subjetivo del amor. Mide su amor por las reacciones sensuales y emocionales que experimenta en la relación. Y como estos sentimientos en sí mismos son inestables y cambian constantemente, es la naturaleza de los sentimientos. Mientras que entonces una relación que se basa meramente en estos aspectos subjetivos seguirá los altibajos de estos sentimientos.

Por el contrario, un amor maduro es aquel que mira hacia fuera. En primer lugar, mira hacia fuera en el sentido de que no se basa en mis sentimientos, sino en la verdad honesta de la otra persona y en mi compromiso con ella en un amor verdaderamente entregado. Es cierto que las emociones siguen teniendo un papel importante, pero se basan en la verdad de la otra persona. En realidad, él o ella no es mi idealización de esa persona. La emoción se vuelve serena y confiada, porque deja de estar totalmente absorbida en sí misma y se apega en cambio a su objeto, a la persona amada. Aquí vemos el papel adecuado de las emociones en una relación. Cuando mis sentimientos subjetivos se basan en la verdad objetiva sobre la otra persona, mis emociones adquieren entonces una nueva calidad, se integran con el amor auténtico. El Santo Padre dice que las emociones se vuelven más simples y sobrias. Después de haber superado la idealización del amor emocional, el amor maduro basado en un compromiso con la otra persona se concentra en el valor de la persona como tal, y nos hace sentir amor emocional por la persona tal como es en realidad, no por la persona de nuestra imaginación, sino por la persona real. En segundo lugar, un amor maduro mira hacia afuera en el sentido de que la persona busca activamente lo que es mejor para el amado. La persona con un amor maduro no se centra principalmente en los sentimientos y deseos que puedan despertar en su interior. Más bien, se centra en su responsabilidad de cuidar del bien de su amada. Busca activamente lo que es bueno para ella, no solo su propio placer, disfrute y búsquedas egoístas.

En este punto, San Juan Pablo II menciona la virtud de la castidad. Y así, introduciendo el tema con el subtítulo inusual, Resentimiento contra la castidad, la virtud que probablemente más se resiente hoy es la castidad. El Santo Padre dice que la castidad es la virtud que libera el amor de las actitudes utilitaristas. Escribe: “La esencia de la castidad consiste en la rapidez para afirmar el valor de la persona en cada situación y en elevar al nivel personal todas las reacciones al valor del cuerpo y del sexo. Así, la castidad ayuda a purificar nuestros corazones de deseos egoístas y hace posible el amor desinteresado y maduro entre dos personas. Hoy, sin embargo, la castidad ya no se ve como algo bueno, algo noble, algo que todos deberíamos perseguir. Todo lo contrario. La castidad se presenta a menudo como algo malo, algo dañino para las personas humanas. Algunos argumentan que la castidad es dañina para la salud psicológica de los hombres y mujeres jóvenes. El deseo sexual es natural, dicen, por lo tanto, no es natural restringirlo de ninguna manera. Después de todo, un hombre joven debe tener alivio sexual”. No olviden que esto se está escribiendo, esto fue escrito en 1960. Nada ha cambiado, al contrario. Pero entonces el Papa pregunta por qué este resentimiento. Dice que la razón principal por la que el hombre moderno ve la castidad como un obstáculo para el amor es que asociamos el amor principalmente con las emociones o con el placer sexual que recibimos de la persona del otro sexo. En otras palabras, pensamos en el amor solo en su aspecto subjetivo. Pero como ha demostrado el Santo Padre, un amor verdadero y duradero necesita una base mucho más sólida. Tiene que basarse en la virtud, en un compromiso con el bien de la otra persona y la entrega mutua. En otras palabras, los aspectos objetivos del amor. Y por eso las verdaderas preguntas en el amor no son las subjetivas. Por ejemplo, ¿tengo fuertes sentimientos y deseos por mi amado? ¿Tiene él o ella fuertes sentimientos y deseos sensuales por mí? Porque cualquiera puede tener sentimientos y deseos por otra persona. Pero no todos tienen la virtud y el compromiso para hacer posible el amor de

entrega. El problema es que los aspectos subjetivos del amor se desarrollan más rápidamente y se sienten con más intensidad que el aspecto objetivo. Debido a esto, muchas personas confunden los sentimientos del amor con el amor en sí.

En el plano objetivo, se necesita mucho tiempo y esfuerzo para cultivar una amistad virtuosa. Las relaciones centradas en un amor total y generoso y en un profundo sentido de responsabilidad por el otro como un don no surgen espontáneamente. Por otra parte, en el aspecto subjetivo del amor, no se necesita mucho tiempo ni esfuerzo para experimentar el deseo sensual o el anhelo emocional por una persona del sexo opuesto. De hecho, tales reacciones pueden ocurrir en un instante. Además, estas respuestas emocionales sensuales pueden ser tan poderosas que dominan la forma en que vemos a la otra persona. Aquí podemos introducir una imagen o metáfora rápida: si una pareja joven piensa que puede medir su relación por sus sentimientos emocionales, sus sentimientos sensuales, bueno, en realidad es como tratar de medir la temperatura de toda una casa colocando el termostato, el termómetro sobre la caldera: no se obtendrá una lectura muy precisa, por decir lo menos. Entonces el Santo Padre pasa a considerar la castidad como guardiana del amor. Ahora podemos ver por qué la castidad es tan necesaria para el amor. Lejos de ser un obstáculo para nuestro amor, la castidad lo hace posible. Lo protege de caer en actitudes egoístas y utilitarias. Nos permite amar desinteresadamente, independientemente de las emociones poderosas o el deleite sensual que podamos recibir de nuestro ser amado. Si queremos amar verdaderamente a una persona del sexo opuesto, debemos ver su valor pleno como persona y responderle con amor desinteresado. Juan Pablo II dice que la castidad nos permite hacer precisamente eso. Escribe: “La esencia de la castidad consiste en la rapidez para afirmar el valor de la persona en cada situación y en elevar al nivel personal todas las reacciones al valor del cuerpo y del sexo”. Los hombres y las mujeres sin castidad se encuentran en una situación muy triste. No son libres para amar. Pueden tener buenas intenciones y un deseo sincero de cuidar al ser amado, pero sin castidad, el amor nunca florecerá, porque no será puro, sino que estará mezclado con una tendencia a ver al ser amado, principalmente en términos de valores sexuales. Juan Pablo II explica que sin castidad, los hombres y las mujeres no pueden amar desinteresadamente al amado como persona, porque el corazón está demasiado preocupado por el placer emocional y sensual. Debemos ver la castidad como una virtud positiva que nos permite amar y protege el amor de ser contaminado por la tendencia egoísta de utilizar a la otra persona para nuestro propio placer. Juan Pablo II dice enfáticamente que la castidad no es, cito, “un largo no. Más bien es, ante todo, un sí. Un sí en nuestro corazón a la otra persona, no solo a sus valores sexuales sino a la persona entera. Es un sí que nos exige decir no a otras cosas para proteger el amor de caer en el utilitarismo”.